

RACIONALIDAD Y JUEGOS DE LENGUAJE

Sería difícil encontrar en la obra de Wittgenstein, si se la entiende como lo manifestado en los textos –y no en sus múltiples interpretaciones– una crítica directa de la Razón propiamente dicha, como fuente o como objeto de una filosofía del conocimiento o de la historia, cuyo tratamiento pudiera calificarse de “racionalista”. A esto contribuyen una multiplicidad de causas que podrían invocarse desde diversos horizontes intelectuales, y no es mi propósito intentar circunscribirlas de manera tal que muestre en su especificidad las relaciones que vinculan las ideas y la manera específica de practicar la filosofía propias de Wittgenstein, con el proceso del que la Razón ha sido objeto en el transcurso de este siglo. Me limitaré a mencionar aquello que constituye, sin lugar a dudas, su motivo principal: la indiferencia casi total de Wittgenstein respecto de la historia de la filosofía, que tuvo por efecto el que no buscara en manera alguna situarse en relación a las grandes problemáticas que la recorren, ni hacer –así fuese incidentalmente– una crítica directa y explícita de ellas. En algunas de sus obras es posible encontrar temas relativos a una crítica de este tipo (en particular algunos de los temas kantianos del *Tractatus*), pero no serían suficientes para constituir por sí mismos una contribución crítica a una historia asumida, cuyos diversos compromisos teóricos hubiesen sido identificados y aceptados (1).

* Profesor de la Universidad de Québec en Montreal.

(1) El presente texto fue elaborado a partir de una conferencia dictada en mayo de 1983 en la Maison des Sciences de l'Homme de París. Apareció luego en versión alemana bajo el título (un poco engañoso) de “Von der Moderne zur Postmoderne. Die Sprachspiele als Formen der neuen Rationalität bei Wittgenstein” en *Verabschiedung der (Post-)Moderne*, herausgegeben von J. Le Rider et Raullet, G., Tubinga, Gunther Narr Verlag, 1987, pp. 149-166.

Traducción de Magdalena Holguín, Universidad Nacional.

Desde hace varios años, un debate que resultaba difícil de sostener en los términos en que había sido formulado tradicionalmente (por ejemplo, el de la oposición racionalismo/empirismo), fue renovado, o al menos desplazado hacia un eje que iría de la “modernidad” a la “postmodernidad”. No siempre resulta fácil comprender qué deba entenderse por estos términos, pues según los ámbitos donde son utilizados, según los criterios que parecen regir su aplicación, y según las perspectivas desde las cuales se delimita su oposición, la pareja moderno/postmoderno cubre contenidos difícilmente comparables y poco susceptibles de aclarar el debate de manera general. Por otra parte, es fácilmente concebible que cada quien pueda desear, al recurrir a dicha oposición, situarse de un lado o del otro, o bien ubicar de manera estratégica a los autores que en su opinión señalan un momento crítico; por estas razones, la reconstrucción de la modernidad y de la postmodernidad no puede considerarse neutral. La dificultad entrañada por esta neutralidad puede imputarse a la naturaleza misma de los términos en cuestión: las confusiones de la modernidad y las inquietudes de la postmodernidad operan ya activamente en los esfuerzos dirigidos a definir sus nombres.

Situar a Wittgenstein en relación con las “categorías” de modernidad y postmodernidad, resulta tan difícil como enmarcarlo dentro de las principales corrientes del racionalismo. A pesar de que algunas de las nociones que desarrolló para pensar los problemas de su interés (la noción de “juego de lenguaje”, por ejemplo) se utilicen ahora en las discusiones de la postmodernidad, éstos siguen siendo en conjunto bastante abstractos respecto de sus posibilidades históricas o culturales, y sólo resultan parcialmente comprensibles en términos de los debates actuales. Incluso, sería concebible que Wittgenstein no hubiese sido todavía moderno en el momento en que todos se esforzaban por ser postmodernos, o que haya sido ya postmoderno cuando todos se esforzaban por ser finalmente o exclusivamente, modernos. No se excluye que siempre haya sido tan sólo premoderno o incluso que haya sido a-moderno.

No afrontaré aquí el problema de saber en qué sentido Wittgenstein es racionalista o no lo es, como tampoco el de saber si convendría situarlo en el vasto territorio de la crisis de la modernidad y de su superación. Para responder adecuadamente al primer problema, sería preciso recopilar una amplia documentación sobre el contenido de sus obras y compararlo con proyectos filosóficos a los que es en gran medida ajeno; para responder al segundo problema, sería necesaria una minuciosa investigación —en gran parte estilística— sobre la conducción de su propio proyecto filosófico, con el fin de determinar cómo y mediante qué desvíos se inscriben en él las figuras habituales de la postmodernidad. No me propongo aquí alcanzar estos objetivos. Limitaré mi intervención a proponer algunas indicaciones relativas a la manera como los temas del *límite* y de lo *trascendental* organizan el proyecto wittgensteiniano de una crítica a lo que entiende por “dar cuenta” de la realidad en filosofía.

El fin primordial del *Tractatus* es, en palabras del propio Wittgenstein, el de trazar un límite al pensamiento. “Este libro quiere, pues, trazar unos límites al pensamiento, o mejor, no al pensamiento sino a la expresión de los pensamientos: porque para trazar un límite al pensamiento tendríamos que

ser capaces de pensar ambos lados de este límite, y tendríamos por consiguiente que ser capaces de pensar lo que no se puede pensar". (*Prólogo*). A la noción central de *representación* se le atribuye la realización del fin propuesto, pues ocupa una posición decididamente privilegiada, con el efecto asociado de una crítica a la metafísica: la proposición representa un modo analizable, y no representa nada más; no puede ni representar una totalidad ni explicar su poder de representación. Su vínculo con el mundo no puede ser reconstruido más que a priori, por la necesidad de una doble articulación: el mundo y el lenguaje deben tener en común el estar articulados en una correspondencia estructural. Sin embargo, el discurso que enunciara esta relación se limitaría a consignar una exigencia formal y sería incapaz de decir cuál debe ser la constitución positiva del mundo para que el lenguaje pueda representarlo, ni cómo debe estar conformado un lenguaje específico para poder representar una realidad descriptible particular.

Al estar completamente determinada por regímenes de afirmación especificables a priori, la filosofía elude esta misión de representación asignada al lenguaje, y es esto lo que la lleva a eliminarse como discurso propiamente dicho. Análogamente, la forma lógica o, de manera general, la lógica, al suministrar la forma de la representación, no puede ser enunciada y pertenece al orden de lo trascendental, donde se conjuga con la ética. "El límite del lenguaje", escribirá Wittgenstein más tarde (1931), "se revela en la imposibilidad de describir el hecho que corresponde a una frase (que es su traducción), sin repetir justo esta frase. (Aquí tenemos que ver con la solución kantiana del problema de la filosofía)". *Observaciones*, p. 28. Lo que esta observación afirma nuevamente es la imposibilidad de un discurso que intente sobrepasar la reproducción del contenido de la representación, la imposibilidad de un discurso que busque fundamentar la representación en algo diferente de ella misma.

El concepto de representación engendra así un doble destino para la filosofía a partir de este primer momento: por una parte, ésta identifica una necesidad formal que le permite excluir del orden de lo decible lo que considera que sólo puede ser "mostrado"; por otra parte, renuncia al derecho de hablar de la relación de representación más allá del principio que reconstruye. Se coloca, para efectuar esta reconstrucción y determinar lo que identifica como sus problemas principales, en una posición que se prohíbe en este mismo movimiento. El resultado de lo anterior es que el metalenguaje (variante de esta posición de dominación) se torna imposible, no sólo como forma particular de discurso filosófico, sino también como la totalidad de la filosofía. Al retirarse, la filosofía relega al trabajo silencioso de la representación el cuidado de asegurar la totalidad de lo que puede, *de jure*, ser dicho (2). Al término de esta operación se encuentran conducidos al límite de lo decible, tanto el sujeto, en su capacidad de decir "yo" y de ser independiente del mundo, y el mundo presentado como totalidad (3): no habrá un discurso que

(2) Algunos desarrollos sobre la cuestión del silencio en el *Tractatus* pueden encontrarse en mi artículo titulado "Ce que se taire veut dire".

(3) Cf., la entrada del 8.7.16 de los *Diarios filosóficos 1914-16*: "Hay dos divinidades: el mundo y mi yo independiente".

verse sobre el yo, ni tampoco sobre la unidad del mundo –tanto es así que los intentos de elaboración de estos dos discursos no se acompañan necesariamente– como tampoco se encuentran acompañados de discursos filosóficos susceptibles de incidir en algo diferente a su pretensión de hablar. Quedamos reducidos a objetos simples que pueblan oscuramente el mundo, garantizando, no obstante, la determinabilidad del sentido (4), y a proposiciones elementales a partir de las cuales debería ser posible construir todo lo que tiene sentido; a la filosofía se le otorga, como única misión concebible, la de proceder a su análisis y la de establecer sus correlaciones formales.

Las unidades que la actividad (5) filosófica encuentra a su disposición para efectuar las intervenciones analíticas y elucidatorias que puede continuar ejerciendo a pesar de todo, son las estructuras proposicionales, los criterios de sentido y los límites correlativos que define para los diferentes tipos de discurso. Cuando estas unidades son aplicadas en la crítica del lenguaje (6), producen un elementarismo cuya existencia es postulada, pero del cual es imposible especificar propiedad alguna más allá de una necesidad de principio (7). El lenguaje según el *Tractatus*, no constituye el objeto de una práctica: cuando allí se hace mención de la actividad de la palabra, se trata del derecho o la prohibición de hablar, y la actividad verbal no interviene en la constitución de aquello que permite al lenguaje llegar al mundo y representarlo.

-
- (4) Asignando en un primer momento la tarea de analizar las proposiciones y lo correspondiente a ellas en el mundo para llegar a un análisis último: “Lo que dé nuevo da vida a la pregunta: Existe acaso un análisis tan completo? Y si no, cuál es entonces la tarea de la filosofía?!” *Diarios* 3.9.14, Wittgenstein, en lo referente al análisis del lenguaje, sólo logra concluir: “La exigencia de la posibilidad de los signos simples es la exigencia de la determinabilidad del sentido” *Tractatus* 3.23, y en lo referente a la ontología: “La exigencia de las cosas simples es la exigencia de que el sentido venga determinado” *Diarios* 18.6.15.
 - (5) Las dificultades experimentadas por la filosofía en su intento por procurarse un discurso propio se afirmaban ya desde el *Tractatus*: “La filosofía no es una doctrina, es una actividad” 4.112. Uno de los pasajes del artículo programático de Schlick “Wende der Philosophie” tiene ecos cercanos a esta posición: “Resulta fácil apreciar que la tarea de la filosofía no consiste en afirmar enunciados, que proveer de sentido a los enunciados no puede hacerse mediante enunciados (...) Un proceso semejante no puede proseguirse indefinidamente. Encuentra siempre su término en el hecho de señalar, de mostrar lo que se significa, en síntesis, en actos concretos (...) La dación final del sentido se produce por consiguiente, siempre en acciones. Son estas acciones o estos actos los que constituyen la actividad filosófica”.
 - (6) “Toda filosofía es ‘Crítica del lenguaje’ (pero no en el sentido de Mauthner)” *Tractatus* 4.0031.
 - (7) Malcolm reporta el “regreso crítico” de Wittgenstein en lo referente a la necesidad de los ‘objetos simples’: “I asked Wittgenstein whether, when he wrote the *Tractatus*, he had ever decided upon anything as an example of a ‘simple object’. His reply was that at that time his thought had been that he was a logician; and that it was not his business, as a logician, to try to decide whether this thing or that was a simple thing or a complex thing, that being a purely empirical matter: It was clear that he regarded his former opinion as absurd”. (Norman Malcolm, *Ludwig Wittgenstein, A Memoir*, p. 86).

La noción de “juego de lenguaje” –de la que Wittgenstein, es preciso decirlo, hace un uso mucho más restringido y controlado de lo que podría pensarse por la inmensa difusión de la que posteriormente gozó –no sólo tiene la ventaja de presentar, por la vivacidad de la imagen, una de las conceptualizaciones más fuertes y ricas de las *Investigaciones*, sino también la de efectuar una parte importante de la transición del período del *Tractatus* al período siguiente. Fue inicialmente la dimensión práctica asociada con esta noción la que se impuso a la mayoría de los exégetas; no obstante, entre los numerosos aspectos que constituyen el interés de la misma, es la idea de una *übersichtliche Darstellung* (representación sinóptica) la que resulta más directamente pertinente para ambos aspectos.

El énfasis colocado en las *Observaciones filosóficas* (1929-30) sobre la noción de “sistema proposicional” (*Satzsystem*) por una parte, corrige una de las tesis centrales del *Tractatus*; la independencia lógica de las proposiciones elementales; pero retoma, por otra parte, un punto importante de esta primera obra a saber, el carácter de totalidad de la notación lógica. Uno de los párrafos del *Tractatus* afirma, en efecto, lo siguiente: “En nuestras notaciones hay, es cierto, algo de arbitrario, a saber: que si nosotros hemos determinado algo arbitrariamente, entonces algún algo debe acaecer. (Esto depende de la esencia de la notación)”. 3.342. No obstante, en la época del *Tractatus*, esta totalidad se refiere únicamente a los medios de expresión de las proposiciones (la notación), mientras que las *Observaciones filosóficas* la definen en función de los conceptos que sólo pueden ser comprendidos dentro del conjunto de las proposiciones, cuyas relaciones no se limitan a la combinación veritativo-funcional de las proposiciones elementales.

La idea de un juego de lenguaje está emparentada en su principio general tanto con esta dimensión de totalidad reconocida desde el comienzo, como con la corrección del elementarismo lingüístico preconizado en el *Tractatus*. Guarda igualmente una continuidad con la noción de cálculo, utilizada anteriormente para efectuar una primera transición: el cálculo reconoce el lugar central de la combinatoria en el funcionamiento lingüístico, y permite comprender el lenguaje como una combinación de símbolos según reglas. Esta analogía, expresada tanto por Wittgenstein como por de Saussure mediante la imagen del ajedrez, presenta, sin embargo, una serie de dificultades; las principales serían las siguientes. En primer lugar, esta analogía deja de lado la dimensión práctica del lenguaje y sólo ofrece una presentación interna (un lenguaje es un sistema de reglas), sin hacer referencia a un uso determinado. En segundo lugar, no permite ver cómo deben ser aplicadas, ni como son de hecho aplicadas, las reglas del lenguaje: si es preciso suministrar reglas que rijan la aplicación de aquellas reglas que definen internamente el lenguaje-cálculo, estas reglas deben a su vez ser definidas, y así sucesivamente *ad infinitum*. En tercer lugar, no toma en cuenta la imprecisión constatada a menudo en los criterios y conceptos del uso natural u ordinario del lenguaje. Es en este contexto donde se constituye inicialmente la imagen de los juegos de lenguaje.

Cuando en el *Libro azul* introduce Wittgenstein la noción de juego de lenguaje, lo hace en los siguientes términos:

En el futuro llamaré su atención una y otra vez sobre lo que denominaré juegos de lenguaje. Son modos de utilizar signos, más sencillos que los modos en que usamos los signos en nuestro altamente complicado lenguaje ordinario. Juegos de lenguaje son las formas de lenguaje con que un niño comienza a hacer uso de las palabras. El estudio de los juegos de lenguaje es el estudio de las formas primitivas de lenguaje o de los lenguajes primitivos. (p. 44).

El punto importante del texto citado es que los juegos de lenguaje son términos de comparación y no objetos observables que se den directamente a la introspección: se llega a estos juegos de lenguaje por la reducción de cierto número de características, y con el fin de comprender su funcionamiento en condiciones simples que no pretenden reproducir fielmente las condiciones reales en las que efectivamente lo usamos. Introducida así en el *Libro azul*, la noción de juego de lenguaje no aparece de nuevo allí; reaparece tan sólo en el *Libro marrón*, para asumir un sentido muy cercano al que tiene en las *Investigaciones filosóficas*, donde la dimensión de totalidad de los juegos de lenguaje —como objetos de medida— se conjuga con la de “representación sinóptica” como ideal filosófico. Lo que se espera ahora de la filosofía es el establecimiento de relaciones entre los fenómenos considerados, y la atención se centra en la relatividad del discurso que las describe.

Esta relatividad no puede ser superada por una filosofía que pretenda atribuirse el derecho de justificar o fundamentar la práctica del lenguaje. Una distinción cuyo dispositivo general había sido ya definido en el *Tractatus*, aquella entre explicación y descripción (análisis), y que había sido decidida en favor del segundo término, asume en las *Investigaciones* un carácter más nítido aún: si los fenómenos considerados han aumentado en complejidad y en diversidad (basta para persuadirse de esto referirnos a la lista indicativa de los juegos de lenguaje que se encuentra en el parágrafo 23 de las *Investigaciones*), la filosofía no gana en esta transición poderes de intervención incrementados o mejorados. No puede estatuir lo bien fundado de los juegos de lenguaje utilizados, ya sea para evaluarlos o invalidarlos, como tampoco puede incidir en su modificación o consolidación. Estos juegos son autónomos y constituyen, como lo indica Wittgenstein de diversas maneras, la única certeza que podemos tener. La principal dificultad filosófica deriva de la tentación de generalizar la naturaleza de los juegos de lenguaje a partir de algunos casos claros y pensar así que todos los juegos de lenguaje empleados deben obedecer a las mismas reglas y encontrarse siempre constituidos de manera análoga: “Somos, cuando filosofamos, como salvajes, hombres primitivos que oyen los modos de expresión de los hombres civilizados, los malinterpretan, y luego extraen las más extrañas conclusiones de su interpretación” (*Investigaciones* 194).

A falta de suministrar por sí mismos una crítica de la Razón, los juegos de lenguaje parecen guardar una relación esclarecedora con ella, tal como ésta puede comprenderse actualmente. Podemos definir esta relación según tres modalidades diferentes:

1. Los juegos de lenguaje no están “gobernados” por la Razón: esta no los explica, no los justifica, no los fundamenta.

2. Afirmar lo anterior no significa que se opongan a ella o la contravengan.

Los contrarios de las aserciones 1 y 2 en efecto tienen en común el suponer una existencia independiente de la Razón, que resulta ser precisamente un ejemplo de aquello que la noción de juego de lenguaje pretende invalidar. De donde se sigue una tercera modalidad:

3. Los juegos de lenguaje no obedecen a un plan exterior o anterior que permita comprenderlos y juzgar sobre su adecuación o inadecuación. Wittgenstein insiste en el hecho de que son “espontáneos”, y decir que son “racionales”, etc., sólo conseguiría hipotecar su naturaleza, como si lo que ha de entenderse por “racional”, “razonable”, etc., no estuviese ya determinado por los juegos de lenguaje que de hecho jugamos. Puesto que no hay lugar exterior a los juegos de lenguaje –y éste es uno de los temas recurrentes del “segundo” Wittgenstein– se sigue naturalmente que lo que se denomina “razón” debe ser comprendido en función de los juegos de lenguaje practicados. De lo anterior, resultan formalmente tres posibilidades (no mutuamente excluyentes), en lo que concierne a las relaciones que pueden obtener entre la razón y los juegos de lenguaje:

1. Algunos juegos de lenguaje suministran una imagen privilegiada de lo que denominamos “razón”, “racionalidad”, “comportamiento racional”, etc. Se trata de usos del lenguaje a propósito de los cuales la hipótesis que enuncia su invalidación se encuentra excluida, pues exigiría renunciar al carácter ejemplar de estas nociones.
2. La imposibilidad de un “lenguaje privado”, el carácter público y colectivo de los juegos de lenguaje, el rechazo de la idiosincracia semántica, tienen como consecuencia que la razón, (y los términos asociados con ella), sean definidos en relación con las prácticas comunes y que la razón se vea repatriada a su lugar de origen, el actuar en común.
3. La afirmación según la cual algunos juegos de lenguaje no se juegan porque no son racionales se anula mediante la que afirma que no son racionales porque no se juegan. Así como Wittgenstein critica extensamente la noción de una vida mental, concebida como explicación o fundamentación del uso de los signos, los juegos de lenguaje, inmanentes en cuanto son aprehendidos tal como efectivamente se juegan, constituyen una crítica de la Razón, por ser así y sólo así como la reconciliación de la Razón con su práctica puede efectuarse de una manera natural o incluso simplemente razonable.

Uno de los efectos determinantes de la intervención de Wittgenstein en el ámbito de la filosofía de la mente fue el de sustituir el dualismo clásico exterioridad/interioridad, que postulaba la superposición de un orden privado y fundamentante a un orden público y fundado, por un orden que podríamos calificar de “único” o “monista” a no ser por que conjuga elementos cuya homogeneidad es precisamente objeto de sospecha y de crítica. La estrategia habitual de la Razón clásica consiste en reducir la diversidad de lo observable a procesos generales encargados de explicarla, mientras que la práctica filosófica recomendada y empleada por Wittgenstein consiste ante todo en

observar y consignar las diferencias y semejanzas existentes entre los datos observables, en tratar todas las manifestaciones como indicios o síntomas de tendencias diferentes, más bien que considerarlos todos como elementos que tienden hacia un mismo fin y referirlos a dicho fin como medios.

El que los juegos de lenguaje no puedan ser referidos a un plan racional explicativo no significa, sin embargo, que escapen a todo control y estén librados a la anarquía. La espontaneidad que Wittgenstein asocia con los juegos de lenguaje, radica en el hecho de no estar fijados de una vez por todas: “Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje (...) nacen, y otros envejecen y se olvidan” (*Investigaciones* 23); en el carácter continuo de las semejanzas y las diferencias entre los juegos del lenguaje: “Y podemos recorrer así muchos otros grupos de juegos. Podemos ver cómo los parecidos surgen y desaparecen. Y el resultado de este examen reza así: vemos una complicada red de parecidos que se superponen y entrecruzan. Parecidos a gran escala y de detalle”. (*Investigaciones* 66); y en la conexión compleja y mutable que existe entre el lenguaje y su contexto: “Llamaré también juego de lenguaje al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido” (*Investigaciones* 7). Todos estos son elementos que tienen por objeto insistir sobre el carácter problemático de las intervenciones filosóficas cuyo propósito fuera racionalizarlos, establecer o decretar una naturaleza que eludiría en sí misma todo esfuerzo de conformación racional.

La interdicción formulada en el *Tractatus* con referencia a las proposiciones filosóficas, consideradas como proposiciones tendientes a establecer externamente las propiedades requeridas para asegurar la conexión entre lenguaje y mundo, se conserva en gran medida en las obras subsiguientes. A pesar de las diferencias irreductibles que pueden identificarse entre los dos períodos relativas a la concepción de la filosofía, es posible comprender esta prohibición de dos maneras diferentes. El elemento constante más determinante es la reticencia sentida frente a la “jerarquización” de las proposiciones, algunas de las cuales –superiores– tendrían el poder de controlar aquellos tipos considerados como inferiores. Aun cuando Wittgenstein haya dedicado, desde muy pronto, una atención considerable a aquellas proposiciones que no guardan una relación de representación con el mundo, sino que parecen más bien resumir las condiciones de la representación (en particular aquellas que se denominarán finalmente “proposiciones gramaticales”), su posición inalterable, sin dejar de reconocerles un estatuto especial, es la de revocar su capacidad de designar una realidad cualquiera, de presentarse ante el tribunal de la experiencia, de ser juzgadas verdaderas o falsas o constituir el objeto de afirmaciones de certeza (8).

(8) Es en el análisis de los comentarios de *Sobre la certeza* donde el carácter peculiar de estas proposiciones aparece con mayor claridad. Las numerosas aserciones mediante las cuales la filosofía ha buscado sus certezas más irrefutables (las aserciones referentes a la experiencia inmediata, por ejemplo) resultan problemáticas, menos por lo que respecta a su verdad, que por la anomalía resultante al emitirlas como algo de lo cual tendría sentido decir que posee “certeza”.

En primer lugar, dicha revocación se refiere a la instrucción del proceso de las supuestas proposiciones metafísicas; pero también, a través de ellas, se evidencia la precaria naturaleza de las proposiciones filosóficas: si la última palabra debe provenir de la observación de los juegos de lenguaje tal como efectivamente se dan, y no de la constatación de una realidad que se encontrara tras ellos explicándolos o fundamentándolos (9), la filosofía se ve destituida de los privilegios que detentaba según la concepción que le confería el poder de fundamentar, críticamente o no, las aserciones producidas desde otras perspectivas y el derecho a establecer su legitimidad. Las proposiciones filosóficas siguen siendo, como ya se había afirmado en el *Tractatus*, intervenciones prácticas –y no cognoscitivas– no susceptibles de ser verdaderas o falsas sino sólo de elucidar y liberar. Lo afirmado en uno de los últimos párrafos del *Tractatus* conserva así toda su pertinencia: “Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo: que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido, siempre que el que comprenda haya salido a través de ellas fuera de ellas (...) debe superar estas proposiciones; entonces tiene la justa visión del mundo”. 6.54.

Es esta “justa visión del mundo” la que presenta el punto quizás más delicado. Quien llega a comprender el proyecto del *Tractatus* como una tentativa desesperada por hacer intervenir en el orden efectivo del discurso las luces de una razón inspirada por la filosofía, y por otra parte, es consciente de la precariedad cultural del período en cuestión –e incluso del subsiguiente– puede entender este pasaje como la apertura a una liberación de la tiranía de las obligaciones de la filosofía frente a la difícil responsabilidad de un ámbito que la filosofía no controlará en lo sucesivo. Wittgenstein escribe así en *Sobre la certeza*, donde recoge la mayor parte de sus últimos textos: “Debes tener presente que el juego de lenguaje, entonces, ha de decir algo impredecible. Quiero decir: no se basa en fundamentos. No es razonable (o irrazonable). Esta allí –como nuestra vida” (559). Esto no significa que los juegos de lenguaje se encuentren en el límite entre lo razonable y lo irrazonable, sino más bien que estas categorías, en sí mismas consideradas, no pueden ver su relatividad determinada por intervención alguna que no provenga de ellas. La imposible objetividad que resulta de ello incide sobre un número considerable de formas mediante las cuales la Razón ha buscado tradicionalmente la garantía de sus efectos, pues las posiciones asumidas de forma cada vez más clara por Wittgenstein conducen a un proceso en el cual se citan a comparecer todas las tentativas de generalización, particularmente aquellas que invocan planes ocultos tras las transacciones efectivas del lenguaje (10).

(9) “Die Grammatik, das sind die Geschäftsbücher der Sprache, aus denen alles zu ersehen sein muß, was nicht begleitende Empfindungen betrifft, sondern die tatsächlichen Transaktionen der Sprache”. *Gramática filosófica* 44.

(10) Wittgenstein identifica como fuente principal de las “enfermedades” filosóficas los malos hábitos alimenticios de los filósofos, consistentes en practicar una dieta sin variedad y nutrir su reflexión con una sola categoría de hechos y de ejemplos, a partir de los cuales se extraen conclusiones a las que se desea atribuir un alcance auténticamente general, y creer que contienen germinalmente todas las explicaciones que puedan necesitarse para dar cuenta de todos los casos.

La razón del lenguaje, la que le confiere sus formas y le asigna sus propiedades, determina sus fines y postula su origen, aun cuando en ello intervenga la filosofía, sólo se encuentra en el lenguaje mismo. Es la noción de gramática “gerente del lenguaje” (11) lo que constituye el término último de una investigación filosófica sobre los fines del lenguaje. “La gramática no dice cómo tiene que estar construido un lenguaje para que cumpla su propósito, para que influya en los seres humanos de tal y cual manera. Sólo describe el uso de los signos, pero no lo explica en modo alguno”. (*Investigaciones* 496). Si la investigación, de carácter extensional, sobre los juegos de lenguaje nos conduce a pensar que estos usos son esencialmente diversos, si no se apoyan en nada que les dicte una finalidad externa, si el vocabulario mentalista o psicológico en el cual se ha buscado tradicionalmente un asidero debe a su vez ser traducido a la conceptualidad de los juegos de lenguaje, y si, finalmente, todo proceso de justificación de los juegos de lenguaje no puede hacerse sino mediante una gramática que no puede ella misma ser justificada, de allí se siguen una serie de consecuencias relativas a la relación del lenguaje con la racionalidad.

Una primera consecuencia es la diversidad. El principio según el cual la Razón debe ser ella misma tratada en función de los juegos de lenguaje que usamos, y por consiguiente, remitida a su lugar de origen, conduce a la abolición del carácter homogéneo de la Razón, pues estos juegos serán la medida de toda racionalidad. El resultado de la medición no es, hasta donde los textos de Wittgenstein permiten determinarlo, ni un irracionalismo, ni un anti-racionalismo, sino más bien un racionalismo desplazado, recontextualizado y renovado, que hace aparecer el juego de la razón como un juego cerrado en lo tocante a las propias justificaciones, y abierto en lo que concierne a su variedad. Cuando pensamos que un hilo conductor debe atravesar el conjunto de estas variedades para ordenarlas, conviene recordar que éste es percibido por una interpretación reflexiva, y que no existe en la práctica tal y como ésta se despliega. Para retomar una de las metáforas más claras de Wittgenstein, “Sie sind durch ein Tau mit einander verbunden; und dieses Tau verbindet sie nicht dadurch daß irgendeine Faser in ihm von einem Ende zum andern läuft, sondern dadurch, daß eine Unzahl von Fasern einander übergreifen (BRB, 128)”. Las amarras del lenguaje en el puerto de la Razón poseen así la multiplicidad de las operaciones prácticas en las que interviene el lenguaje y que asociamos con lo racional en nosotros.

Lo anterior tiene también como consecuencia que la crítica de los vínculos entre racionalidad y juegos de lenguaje procede, por así decirlo, del lenguaje a la razón más bien que a la inversa. Una crítica semejante nos invita menos a ver y a evaluar la manera como nuestras transacciones lingüísticas respetan los imperativos de la razón o los violan, como a identificar, según la

(11) Esta expresión aparece en las *Observaciones filosóficas* 54: “Die Philosophie als Verwalter in der Grammatik kann tatsächlich das Wesen der Welt erfassen, nur nicht in Sätzen der Sprache, sondern in Regeln für diese Sprache (...)”. Dicha expresión parece haber irritado lo suficiente a Habermas como para citarla a comparecer en el juicio contra aquello que en su entusiasmo crítico toma por una posición afirmada y reivindicada, identificada como una misión recuperada para la filosofía.

práctica del lenguaje, las formas de la racionalidad. La solidaridad estructural que postulaba el *Tractatus* entre el lenguaje y el mundo se encuentra ampliada en el segundo Wittgenstein hasta el punto en que permite pensar la constitución de los objetos del mundo (en un sentido no positivista) en el medio natural de los juegos de lenguaje, y a hacer depender unas de otras las condiciones de lo significado y las condiciones de la descripción. Dos párrafos de *Sobre la certeza* pueden ser conjugados en este sentido: “Cuando los juegos de lenguaje cambian, entonces hay un cambio en los conceptos, y con los conceptos cambian los significados de las palabras” (65) y “Si usted no está seguro de hecho alguno, tampoco puede estarlo respecto del significado de las palabras” (114). En la conjunción de estos dos pasajes, se evidencia con claridad que la totalidad ofrecida a la observación y a la experiencia no está constituida de tal manera que pueda distinguirse analíticamente en ella componentes que pudiesen ser clasificados, o bien del lado del lenguaje, o bien del lado del pensamiento o del mundo.

El lenguaje, cuya dependencia respecto del universo práctico sostiene Wittgenstein inquebrantablemente, (ver por ejemplo, *Sobre la certeza* 229: “Nuestro hablar adquiere significado a partir del resto de nuestra conducta”), posee no obstante algunos privilegios en esta interconexión. El juego de lenguaje es el primer determinante de todo aquello que es pensado u observado, pues a él corresponde asegurar su distintividad. Lo que llamamos “Razón”, como casi todo lo demás, ha sido constituido en el seno de nuestras prácticas lingüísticas (de las cuales una parte la conforman nuestras proposiciones); aquello respecto de lo cual la categoría de racionalidad parece ser pertinente sólo se comprende desde la perspectiva de dicha práctica.

Por consiguiente, el orden del lenguaje no resulta más comprensible al invocar razones, causas o hechos que lo acompañan y que parecieran explicarlo. Resumiendo de manera un poco drástica el examen muy minucioso que hace Wittgenstein de la relación entre juegos de lenguaje y “realidad”, diríamos que el límite de lo empírico (psicológico o de otro tipo), es la “formación de conceptos” (Cf. *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática* 111-29), y que la justificación de los juegos de lenguaje basada en lo que consideramos como real compromete ya los juegos de lenguaje que intentábamos justificar y los conceptos gracias a los cuales habíamos identificado la porción de realidad a la que se apela en este ejercicio de justificación (12). “Sí, es como si las conexiones conceptuales se nos presentaran agrupadas de una manera nueva”. Las interconexiones que vinculan los juegos de lenguaje con los conceptos que éstos definen tienen también una importancia primordial, que da la medida de las aspiraciones de la filosofía en su intento por

(12) El problema de la fundamentación suministra uno de los hilos conductores de la filosofía de Wittgenstein, especialmente en lo tocante al ámbito de la filosofía de las matemáticas y al de la filosofía de la psicología. Se concluye de su tratamiento de estos temas que ningún hecho puede ser invocado para sustentar las convenciones gramaticales, puesto que tales hechos serían diferentes si la gramática y los juegos de lenguaje fuesen ellos mismos diferentes, de suerte que el principio: “(...) was in der zu rechtfertigenden Grammatik als Unsinn gilt, kann in der Grammatik der rechtfertigenden Sätze auch nicht als Sinn gelten” *Observaciones filosóficas* 7, no puede ser superado.

dar cuenta de los diferentes objetos que considera. Es aquí donde la noción de *Übersichtliche Darstellung* (representación sinóptica), ideal e imperativo de la filosofía, encuentra su motivación principal: los juegos de lenguaje no son los nuevos elementos atómicos llamados a renovar un antiguo fenomenalismo; se trata más bien de las formas puntuales que asumen nuestras prácticas y que restituimos como protofenómenos (*Urphan*) cuando nos proponemos reconstruir lo que de hecho hacemos y damos por sentado cuando hablamos y actuamos. El reproche de casuística dirigido a menudo contra la filosofía analítica del lenguaje ordinario (*Umgangssprache*) supuestamente inspirada por Wittgenstein, se anula e invalida al considerar la manera como trata los casos: “El tratamiento de todos estos fenómenos de la vida mental no es importante para mí porque me interese la completud. Lo es más bien porque cada uno arroja luz sobre el tratamiento correcto de todos” (*Zettel* 465).

La relatividad y en cierta medida, la precariedad de los juegos de lenguaje, junto con su multiplicidad, tornan ilusoria la voluntad de configurarlos en tablas completas en el sentido estricto; esta voluntad, sin embargo, se conserva como el límite ideal de una filosofía que se proponga reanudar con la realidad del actuar humano. Los proyectos de racionalidad que de ella derivan resultan siempre parciales al ser reconstruidos, pero la trama que definen es todo lo que hay cuando se trata ya no de comprenderlos sino de actuar conforme a ellos.

Pues la claridad a la que aspiramos es en verdad completa. Pero esto sólo quiere decir que los problemas filosóficos deben desaparecer completamente.

El descubrimiento real es el que me hace capaz de dejar de filosofar cuando quiero. Aquel que lleva la filosofía al descanso, de modo que ya no se fustigue más con preguntas que la ponen a ella misma en cuestión.

Investigaciones filosóficas 133.

Las condiciones de esta suspensión de la filosofía no son suministradas ni por el éxito de un proyecto exhaustivo, ni por la elaboración de una filosofía trascendental que gobernara las prácticas que realizamos en el mundo y que al reconstruir sus designios permitiera comprender un destino homogéneo. Al insistir sobre el hecho de que no hay lugar exterior a los juegos de lenguaje a partir del cual pudiéramos considerarlos como objetos neutrales, Wittgenstein cierra a la filosofía la posibilidad de establecer la verdad de ellos. Al denunciar todo esfuerzo de fundamentación, tanto de los juegos de lenguaje como de las creencias de las que participan, y al atribuir tanta importancia al hecho de que seguimos ciegamente las reglas constitutivas de nuestras prácticas, muestra la precariedad de todo proyecto que pretenda evaluar lo bien fundado que dichas prácticas o redefinir su orientación.

En la medida en que el “modernismo” en filosofía se encuentra parcialmente ligado a los ideales de progreso y de reforma, puede decirse que Wittgenstein no es “moderno” en este sentido. A pesar de contener algunos aspectos completamente dogmáticos, su pensamiento es en general demasia-

do inquieto y perplejo, demasiado reticente a la afirmación, demasiado desconfiado respecto de la innovación conceptual, en particular cuando ésta se limita a adjudicar nombres a entidades cuyo estatuto no ha sido establecido en su transparencia; otorga demasiada importancia a la lentitud (13) y al detalle para poder figurar sin ulteriores consideraciones al lado de aquellas filosofías contemporáneas que consideran su validez asegurada por el descubrimiento incesante de nuevos instrumentos de dominio (o de creación) de realidades diversas y por la invención del vocabulario al que se recurre para designarlas. Si bien puede decirse que Wittgenstein participa en un movimiento de reforma de la racionalidad, no lo hace procediendo a una rectificación de las tesis filosóficas relativas a una fundamentación determinada, sino más bien en cuanto modifica la perspectiva desde la cual debe ser considerado el problema de los fundamentos. La orientación que ha imprimido a una nueva racionalidad —de manera tal que sus efectos han tardado en manifestarse el tiempo que ha sido preciso para que su pensamiento se desembarazara de aquellas ideas preconcebidas con las que habitualmente era asociado— puede sin duda caracterizarse a este nivel del análisis, más adecuadamente como una renuncia por igual a un racionalismo de tipo trascendental y a aquellas formas del empirismo que buscan en los hechos la garantía de las afirmaciones filosóficas. Al término del proyecto, las creencias en general (es decir, tanto las creencias filosóficas como aquellas que podríamos llamar civiles) dejan de sustentarse en los grandes proyectos promovidos por las reconstrucciones basadas en hechos de la vida de la mente o en supuestos datos que permitieran definir un comienzo absoluto.

La perspectiva privilegiada por Wittgenstein sustituye a la *Zweckrationalität* (racionalidad de los fines) que ha acompañado desde Weber a diversas formas de racionalismo, por aquello que podríamos denominar una *Spielrationalität* (racionalidad de los juegos): no se trata ya de inscribir dentro de planes que supondríamos neutrales los objetos en consideración, para luego descubrir que estos planes corresponden a aquellas finalidades en las que estábamos ya comprometidos y concluir así que dichas finalidades deben, por consiguiente, gobernarlos. Más bien, sería preciso colocar en su lugar la organización de aquellas de nuestras acciones que, poseyendo en sí mismas una orientación primordialmente práctica e inmanente, no pueden ser comprendidas más que en su funcionamiento observado.

Cuando pensamos en el futuro del mundo, nos referimos siempre al lugar en que estará si sigue el camino que lo vemos seguir ahora, y no pensamos que no sigue un camino recto sino curvo, y que cambia constantemente su dirección.

Observaciones p. 15.

(13) Una proposición escrita en 1938 expresa con particular claridad la actitud de Wittgenstein a este respecto: "En la carrera de la filosofía gana el que puede correr más despacio. O aquel que alcanza al último la meta". *Observaciones*, p. 69.

El mundo constituido por estos juegos, mundo afectado y elaborado en una experiencia cuya continuidad y unidad nada asegura, posee las mismas características de su origen. Todo discurso que lo toma por objeto remite a los juegos de lenguaje que nos permiten hablar de él y de donde surge inicialmente la preocupación respecto de él. Sólo considerado independientemente de estos juegos asume un carácter diferente y genera el doble problema de su comprensión y justificación.

Tractatus Logico-Philosophicus. Madrid: Alianza Editorial, 1973.

Diario filosófico 1914-1916. Barcelona: Ariel, 1982.

Los cuadernos azul y marrón. Madrid: Tecnos, 1968.

Zettel. Oxford: Blackwell, 1967.

Philosophical Grammar. Oxford: Blackwell, 1969.

Observaciones. Madrid: Siglo XXI, 1981.

Investigaciones filosóficas. México: UNAM, 1988.

Observaciones sobre los fundamentos de la matemática. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

Sobre la certeza. Barcelona: Gedisa, 1988.